

RBM NARRA SU PEQUEÑA AVENTURA EN "EXCELSIOR"

10
mayo
1985



Blanco Moheno... "No podemos publicar su artículo".

Pepe:

La historieta es curiosa y vale la pena, creo, contarla: se podría llamar "mis dos Reginos" porque hace cuarenta y dos años me sucedió lo mismo con los señores comunistas, las ratas "progresistas" que no saben luchar de frente, como hombres, y en su odio, su impotencia, su triste enfermedad, solamente saben formar mafias para conspirar, en la sombra y a la sombra, contra quienes nacimos hombres. En 1943 papá Regino Hernández Llergo me recibió en su despacho del viejo edificio de esta misma calle de Vallarta número uno, que se alzaba trabajosamente frente a donde hoy invadió media calle insolentemente el imperio de ese pequenísimo Porfirio Díaz que se llama Fidel Velázquez, y me recibió apenado —soy uno de sus "tres hijos"— para decirme que "la redacción en masa" se le había presentado a exigirle escogiera entre todos ellos y Blanco Moheno. Aunque me ofreció darme los centavos que me pagaba, los rechacé y me fui a la calle, a morir de hambre

con mi mujer y mi pequeño hijo, hasta que una noche, meses después, me levantó Enedina de la cama, donde pasaba un resfriado con fiebre alta, diciéndome extrañada, esperanzada, novelera:

Te busca don Regino.

Capitaneados por aquel gringo alto, flaco y comunista. Allen Bernard los "marxistas" a quienes don Regino enseñó a trabajar y a comer se habían ido para crear una nueva revista —¿se llamó "Así"?— pero de acuerdo con su pobre condición se largaron sin avisar dejando al viejo maestro sin revista la noche en que debía cerrarse el número y allí estaba pidiéndome que lo ayudara. Yo era un mocoso de 22 años, más ignorante que ahora, por supuesto, pero me fui con el primero de mis maestros en este oficio y para la madrugada pudo "cerrar" su número de "Hoy", la entonces gran revista que crearon él y usted Pepe.

Cuando, hará cosa de dos meses y medio, Mario Sojo quiso explicarme la no publicación en "Impacto" de un artículo como "orden de Manuel Alonso", cosa que yo sabía perfectamente falsa y un recurso de cobarde para disimular chantaje, me puse a buscar dónde publicar mi pobre trabajo aparte de esta revista Siempre! de la que soy fundador. Intenté un disparo en la oscuridad y para mi asombro, mi amigo el doctor Mauro Benítez me dijo que estaba al teléfono el señor Díez Redondo, director de "Excelsior". Hicimos una cita en la que el nuevo, ¡pero tan distinto!, Regino me dijo:

—Yo siempre he creído que usted es una persona muy respetable. De momento no me es posible, pero déjeme su teléfono. En cuanto pase esta emergencia nacional yo lo llamo.

¡Y me llamó! Quedan, pues, dos colaboraciones mías en las páginas editoriales de "Excelsior" de los días martes 2 y 9 de abril. Siempre pensé que Díez Redondo iba a pagar caro su intento de dignificar el periódico que dirige; se publicó mi segunda colaboración, "El embajador tenía razón," un artículo que puso muy mal a bastantes enfermitos porque decía la verdad sobre la actitud de John Gavin ante la insondable podredumbre de nuestras policías —y de más arriba de las policías, por supuesto— y yo solamente esperé. El lunes siguiente entregué el tercer artículo y al no verlo a la mañana del martes me presenté por curiosidad de lo que iba a decirme el señor director del diario. Hubo movimiento y cuando un individuo cuyo nombre no recuerdo que me dijo ser jefe de las planas editoriales empezaban a decirme: "—No podemos publicar su artículo...", salió don Regino de su despacho tragando vergüenza y ordenando al tipo aquel:

Déjalo, yo se lo voy a decir. Yo debo decírselo. Don Roberto —me dijo con una expresión que nunca voy a olvidar como final de una relación que siempre voy a agradecer —ésta es una cooperativa. Hubo consejo de administración y... y no puedo volver a publicar nada de usted.

"Excelsior" no es una cooperativa verdadera, como no existe una sola en toda la República. Yo sabía —con exactitud, pues tengo dentro un amigo— lo que había pasado. Estreché la mano a don Regino para decirle:

—Muchas gracias a usted.

Y salí a la calle a respirar hondamente el smog, mucho más saludable que el ambiente de esa casa. Díez Redondo es un hombre decente que no puede deshacerse de la mafia que lo rodea. No sé si desearle que permanezca en su puesto entre golpistas y mafiosos, pero desde aquí le reitero mi gratitud y mi admiración por su fallido intento. Yo no pierdo nada y gané una nueva experiencia ¡nunca acaba uno de aprender! —para la historia —pequeña como toda en mi vida— de mi paso por el periodismo mexicano y para el conocimiento de la mentalidad y los procedimientos de los "progresistas", sus mafias, su cobardía, su tristísima condición... ¿humana? Sigo con mi pasión y mi trabajo y le reitero, Pepe, el abrazo de siempre.